

progreso, concepto que faltaba en los antiguos. La diferencia es capital. De una parte hay muertes y renacimientos sin fin, sin razón, una especie de círculo vicioso que no tiene solución ni término, y de otra hay una vida infinita, pero avanzando siempre hacia la perfección. Esta idea del progreso, aplicada al destino del género humano y al de los individuos, es el principio dominante de la breve obra de Lessing que acabamos de analizar. A pesar de la vestidura cristiana con que encubre su pensamiento, su religión no es ya el cristianismo; el cristianismo tradicional es la última palabra de Dios, y para Lessing no hay última palabra de Dios; la educación es una obra sin fin y siempre mudable, porque debe seguir el progreso de las ideas y de los sentimientos. En el cristianismo tradicional hay una verdad absoluta, inmutable, que Dios mismo ha revelado á los hombres, y Lessing estaba convencido de la imposibilidad de una revelación semejante: "Si Dios, dice, tuviera en su mano derecha toda la verdad y en su izquierda el mero instinto siempre vivaz que la indaga, aun agregándose para mí la condenación al error permanente, eterno, y si Dios me dijera: Elige!, yo me precipitaria humildemente hacia su mano izquierda y le diría: Padre, dame; la verdad pura no es más que para ti solo.", Estas palabras de Lessing son la imagen del destino humano: "No es, añade el profundo pensador, la verdad que un individuo posee ó cree poseer lo que constituye su valor, sino el esfuerzo incesante que hace para conquistarla; que no es por la posesión, sino por la indagación de la verdad como se extienden sus fuerzas, y en eso está el principio de su perfeccionamiento.", Lo cual es decir que de todas las maneras de educar á los hombres, la comunicación milagrosa de la verdad absoluta sería la peor. Hé ahí por qué combaten á Lessing los escritores católicos.

II.—Herder.

Los escritores alemanes causan con frecuencia verdadera desesperación á los Galos, que aman las ideas precisas y lúcidas y el lenguaje claro y propio; y en vez de pensamiento severo y lógico, hallan en aquéllos poesía y entusiasmo, y vagas aspiraciones é imágenes en vez de una conclusión rigurosamente formulada. Herder es un Alemán de

pura sangre; es teólogo, filósofo, historiador, literato, y, sobre todo, poeta hasta cuando escribe sobre filosofía de la historia. No concebimos la filosofía de la historia sin el principio del progreso, que es su alma y su vida: ¿es Herder partidario de la perfectibilidad humana? Se puede contestar sí y no, lo cual es decir que no lo es á la manera de los filósofos franceses del siglo pasado. Estos no se andaban con distingos, no dudaban, afirmaban; y hasta cuando profetizaban los futuros progresos del espíritu humano, tenían sus palabras la exactitud de una fórmula algebraica. Herder vacila, aventura una afirmación y luego retrocede, no tiene fijeza; podéis creer en un momento haberos apoderado de su pensamiento, podéis creer que está con vosotros, que participa de vuestra fe y de vuestras esperanzas, y un instante después se os escapa. ¿De dónde provienen estas contradicciones? Herder cree en el progreso, pero cree también en la influencia fatal de la naturaleza, lo cual es incompatible, inconciliable; cree en el progreso del individuo, pero no en un destino común de la humanidad, lo cual conduce á negar el progreso general y lleva casi á la inmovilidad. Tratemos de seguir al historiador poeta en los mil rodeos de su nebuloso pensamiento (1).

Es imposible negar el progreso intelectual, que habían ya reconocido los antiguos. Desde entonces ha aprendido el hombre muchas cosas, y cada siglo y hasta cada día lega al que le sigue algún nuevo conocimiento: adelantamos siempre, como el río que corre y crece en su curso; y como no vuelven los ríos á su fuente, tampoco volvemos nosotros á nuestro punto de partida. No menos evidente es el progreso social: la política de los Griegos y de los Romanos no es ya la de los salvajes, y los pueblos modernos tienen acerca del Estado y de la libertad ideas mucho más justas que los legisladores tan celebrados de Grecia y de Roma. También hay progreso en las relaciones internacionales: no predice Herder como Priestley una era de paz perpetua; pero demuestra con la historia en la mano que van ganando terreno los elementos pacíficos, mientras los elementos destructores lo pierden. El progreso moral, sobre el cual había escrito Gibbon un *acaso*, deja también dudas

(1) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit* (lib. xv).—*Id., Postscenien zur Geschichte der Menschheit*, v.

en Herder. Pregúntase si los Romanos eran más sabios y más felices que los Griegos, y si nosotros lo somos más que los antiguos. ¿No es el hombre siempre el mismo? ¿No será el juguete y la víctima de sus pasiones al cabo de diez mil siglos como lo era en el primero? ¿No es la perfectibilidad indefinida del espíritu humano una ilusión, ilusión saludable si se quiere, pero ilusión al cabo? Herder concluye por vencer estas dudas. Hace una observación muy exacta, la de que las lamentaciones del hombre sobre las miserias de su condición provienen de su ignorancia. Durante siglos han creído los sabios que el sol estaba inmóvil, y después que les ha permitido el telescopio penetrar con sus miradas en la inmensidad de los cielos, han reconocido que todo es movimiento: cuando la historia mejor observada nos haga conocer con exactitud el destino de los hombres en las diversas edades de la humanidad, nos convenceremos de que el género humano marcha igualmente y adelanta siempre obedeciendo á leyes tan ciertas como las que rigen el mundo físico. Una vez admitido el progreso, debe ser una ley general: hay progreso en todas las manifestaciones de la actividad humana, en el desarrollo de las facultades morales como en el dominio intelectual ó social.

Hé ahí, pues, á Herder partidario decidido del progreso; pero queda por examinar cómo lo entiende. ¿Es el individuo ó es la humanidad quien se perfecciona? Herder responde que no concibe la educación de la especie humana como tal; es una abstracción que no tiene á sus ojos más sentido ni valor que las entidades de la escolástica. ¿Qué quiere decir esto? ¿Negaría Herder, el historiador filósofo, la unidad del género humano? No; reconoce que el individuo depende del todo al cual está ligado por el tiempo y el lugar en que nace. ¿En qué sentido niega, pues, la perfectibilidad de la especie? Como todos los pensadores protestantes, Herder se deja impresionar sobre todo por el elemento individual de la creación: el individuo tiene su fin en sí mismo, y no tiene otro; este fin es el desarrollo de las facultades cuyo germen ha depositado Dios en él. Aquí no hay unidad ni uniformidad, sino variedad infinita; y esto es verdad respecto de la naturaleza intelectual y moral como respecto de la naturaleza física, ó, por mejor decir, hay una armonía divina entre el mundo espiritual y el mundo material: Dios, que dirige nues-

tra educación, nos coloca naturalmente en las condiciones de existencia que mejor corresponden á nuestras aptitudes. Herder concluye de aquí que cada individuo tiene su misión particular, y que la cumple perfectamente cuando es lo que debe y puede ser según sus facultades y según el medio en que Dios lo ha colocado. No hay, pues, un ideal único asignado á la humanidad y que cada individuo deba alcanzar, ni por tanto ley general á que cada uno de nosotros deba obedecer. Todo es particular é individual.

Como se ve, es el individualismo germánico, reforzado por el genio individualista de la Reforma, lo que domina en Herder. Nada más legítimo que esta preocupación del individuo; y es verdad que se trata ante todo de las personas humanas, personas distintas que tienen cada una su razón de ser y su porvenir; pero manteniendo los derechos de la individualidad, ¿no se puede y debe tener en cuenta también el elemento de unidad que está igualmente impreso en la creación entera? Si el todo obra sobre el individuo, ¿no obra á su vez el individuo sobre el todo? ¿No implican esta acción y esta reacción que hay un destino común al cual se hallan íntimamente ligados los destinos particulares? ¿No existe, por tanto, un ideal hacia el cual se dirigen por caminos diversos los diversos individuos? Herder lo niega, y lo niega porque teme que con eso se sacrifiquen los derechos de la individualidad, porque no tendría ya el hombre su ideal en sí propio, sino fuera de él; y convirtiéndose, en cierto modo, en rueda de una máquina, obraría y viviría, no para sí, sino para el gran todo que lo absorbería. ¡Extraño progreso, dice Herder, el que conduce á destruir la individualidad humana!

Piensa bien Herder cuando quiere salvar el derecho del individuo; tiene mil veces razón en protestar contra las doctrinas que aniquilan la verdadera vida, matando la individualidad humana; pero nada impide conciliar la existencia propia del individuo con la existencia de la humanidad de que forma parte. ¿Es acaso hacer del hombre un autómeta decir que tiene delante de sí un ideal que le es común con todos sus hermanos? ¿Es acaso sacrificarlo á una vana abstracción llamarlo á concurrir á un fin general? ¿No se aprovecha del progreso que ayuda á realizar, por lo mismo que ejercita su inteligencia en la investigación de la verdad y se sacrifica por la felicidad de los que le sucede-

rán en esta tierra y habrán de recoger los frutos que él ha sembrado?

Hay todavía otro error en la doctrina de Herder, y que constituye el vicio capital de su sistema. Domina en él el fatalismo de la naturaleza, sin que se dé cuenta de las funestas consecuencias de este principio. Dice que la historia de la humanidad forma parte de la historia natural, en el sentido de que los hombres han sido en todas partes lo que han debido ser según sus instintos y sus facultades, según los lugares y los tiempos, concluyendo de aquí que todo lo que en circunstancias dadas puede suceder, realmente sucede; lo que en otros términos quiere decir que todo lo que sucede, sucede necesariamente. Nuestro filósofo aplica su máxima á todos los pueblos de la antigüedad: los Egipcios eran un producto de su suelo: los Griegos fueron en cada edad de su vida lo que podían ser, así en bien como en mal; la necesidad, la naturaleza y el accidente hicieron de los Fenicios un pueblo comerciante; el despotismo del Asia era igualmente natural, igualmente fatal (1), lo cual es llevar hasta el absurdo la idea de Montesquieu sobre la influencia del clima. ¿Cómo no vió Herder que subsistiendo las mismas causas exteriores, no cambiando la naturaleza, deberían ser hoy todavía los Egipcios lo que eran en el tiempo en que levantaron las Pirámides? ¿Cómo no hay ya Fenicios cuando las circunstancias físicas que desarrollaron su genio comercial siguen siendo las mismas? ¿Ha cambiado el cielo de Grecia? ¿Por qué, pues, no hay ya Sócrates ni Platones en Atenas?

Evidente es que, según el pensamiento de Herder, no podría haber progreso para los pueblos ni para las razas, y que lleva, por consiguiente, á inmovilizar la humanidad (2). Los negros son un producto natural del África, como los leones que habitan sus desiertos; y siendo así, los negros quedarán eternamente tales como son hoy, á menos que una revolución de la naturaleza no cambie la constitución de aquel continente. Los Mongoles serán siempre Mongoles, aun cuando estuvieran sometidos durante siglos á la influencia de una educación que tratara de transformarlos. ¿Qué se hace de la perfectibilidad de los individuos en esta inmovilidad de las razas? Los hombres se desarrollan, se

perfeccionan, pero en límites muy estrechos, pues que no pueden sustraerse á la acción de la naturaleza. ¿Qué importa?, dice Herder. Un Japonés está civilizado á su manera, y vale tanto como nuestros Europeos, aunque ignora las causas del eclipse del sol: si él tiene creencias supersticiosas, nosotros tenemos también las nuestras, y todo, bien considerado, se compensa. Los mismos salvajes no deben ser despreciados. Nosotros los compadecemos desde la altura de nuestra grandeza; pero si el Estado nos proporciona beneficios de que ellos no gozan, ¿no nos impone en cambio cadenas que ellos no sufren? ¿No son ellos libres, mientras nosotros somos esclavos?

¿Cuál es la consecuencia lógica de esta doctrina? Que los salvajes harán bien en permanecer salvajes, y que los Chinos y los Japoneses serían unos locos si quisieran dejar de ser Chinos y Japoneses. ¿No se preguntó Herder por qué mezcla Dios los pueblos por medio de la guerra, del comercio y de las mismas necesidades de la vida? Y si los pone en relación, ¿no será para que el uno sirva de institutor al otro y para que la humanidad entera se aproveche de los trabajos del espíritu humano? ¿Y no habrá entonces una educación general, dirigida por Dios, á la cual concurren todos los pueblos como todos los individuos, y no existirá, por consiguiente, una misión, un fin, un ideal? Herder no halla más que un medio de eludir esta conclusión, el de desterrar á Dios de la historia; y no es que niegue á Dios, siendo preciso creer, además, desde que se admite su existencia, que obra sobre el mundo; mas piensa que esta acción se ejerce por medio de leyes generales que Dios ha dado á la naturaleza, lo cual equivale casi á decir que Dios y la naturaleza se confunden (1). No quiere Herder de ninguna manera que la historia investigue las causas providenciales de los acontecimientos. La historia es la ciencia de los hechos; consignémoslos, descubramos las causas humanas que los han producido, pero no vayamos más allá. ¿Por qué brilló la Grecia por sus artes y su filosofía en medio de las naciones antiguas? Los Griegos fueron Griegos porque en las circunstancias en que vivieron no podían ser otra cosa. ¿Por qué emprendió Alejandro la guerra de Oriente? Porque era hijo de Filipo, hijo de su tiempo y de su nación, y porque

(1) *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XIII, VII.

(2) *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, VI, 4; XI, 1, 5; IX, 1.

(1) HERDER, *Ideen*, XV, 5.

nada mejor tenía que hacer que conquistar el Asia.

No negamos las causas naturales. El hombre tiene su parte en la historia, y Herder hace bien en evidenciarla. Pero ¿no tiene también Dios su parte en ella? ¿No existe un gobierno providencial? Tan verdad es que la acción del hombre no explica por sí sola los hechos históricos, que si se des tierra á Dios de la historia, hay que sustituirlo por el acaso. ¿Sería esto un progreso? Los Bárbaros son un elemento esencial de la civilización moderna. ¿Quién los llamó? Si no fué Dios, fué el acaso. La filosofía griega fué una preparación del cristianismo; Alejandro fué en cierto sentido el precursor del Cristo, porque sus conquistas abrieron á éste el camino. El hecho es positivo: ¿por qué no habíamos de ver en él la mano de Dios? Verdad es que hay un escollo en la doctrina del gobierno providencial, el de que se convierta en una especie de fatalismo que lo considera todo como necesario, porque todo es la obra de Dios; pero el abuso que se ha hecho de Dios no es una prueba contra Dios. ¿Se destruye acaso la libertad humana porque Dios inspire al hombre y lo guíe? La libre actividad de los pueblos subsiste también, aun cuando Dios dirija su educación. Alejandro será juzgado como hombre; responderá de sus malas pasiones, y como hombre será también glorificado: si Dios hizo servir sus conquistas á un fin que el héroe griego ignoraba, no excusará esto sus errores, ni esto será para él un título de gloria.

La libertad humana coexiste, pues, con el gobierno providencial. Poco importa que no podamos explicar cómo deja la acción de Dios subsistir la libre actividad del hombre; basta que nos sintamos libres, y que sintamos también la mano de Dios que nos guía, para que debamos admitir uno y otro hecho. ¿Qué se gana después de todo con descartar á Dios de la historia? ¿Dejará el acaso más libertad al hombre? No hay espectáculo más triste que el de la vida de la humanidad cuando no se ve en su destino sino la obra del acaso. El acaso no es, en efecto, otra cosa que la confesión de nuestra ignorancia; y ¿qué queda si se renuncia á la idea de un gobierno providencial? La fuerza, y nada más que la fuerza; y hay que reconocer que ese es un medio bien extraño para asegurar la libertad humana. Herder reconoce y proclama que es la fuerza sólo quien rige el mundo. ¿Quién ha fundado los Estados? La fuerza. ¿Quién sometió el

mundo á Roma? La fuerza. Buscamos el derecho, y encontramos la guerra y la conquista. En vano se dice que el consentimiento tácito de los pueblos conquistados legitima la obra de la fuerza. ¿Qué es ese pretendido consentimiento sino un nuevo efecto de la fuerza? El más fuerte toma lo que le conviene, y el más débil sufre lo que no puede impedir (1). ¡Hé ahí, pues, la humanidad presa desde que existe de la fuerza brutal! ¿No hay otra cosa que destrucción y muerte en esas guerras seculares que han devastado al mundo y que han hecho correr torrentes de sangre? Si la historia no tiene otra cosa que enseñar á los pueblos sino que son juguetes del acaso y de la fuerza, haría bien en guardar silencio, porque el espectáculo de la fuerza triunfante sirve para desespearar á los hombres, cuando no los desmoraliza.

¿Por qué no se adhirió Herder á la idea de Lessing? Si la religión es una educación de la humanidad, se necesita un educador; ¿y quién será el educador de los pueblos sino Dios? La educación supone un fin, un ideal; este ideal existe para el individuo, es el desarrollo armónico de todas sus facultades; y como el individuo aislado no podría cumplir esta misión, de aquí la necesidad de las sociedades civiles. Mas esto implica que tienen también las naciones su misión en el desarrollo de la individualidad humana, porque la vida del individuo está determinada por el medio en que nace, aunque no lo está fatal ni eternamente: hay acción y reacción de un pueblo sobre otro. Así somos, pues, conducidos á la idea del destino común del género humano, el cual no impide ciertamente que obren las fuerzas individuales: la idea de un progreso general de la especie humana no destruye la individualidad tan querida de Herder. Tampoco hiera á nuestra libertad la idea de un gobierno providencial, porque éste es una educación que desarrolla nuestras facultades y no las destruye. Salvamos, pues, el derecho del individuo dándole un poder inmenso con la confianza en el apoyo de Dios. No es un nuevo fatalismo bajo el nombre de gobierno providencial, porque la acción de la Providencia bien comprendida es todo lo contrario del fatalismo: el hombre mismo es quien hace su destino; lo hace bajo la mano de Dios, pero Dios no ayuda sino á los que se ayudan á sí propios.

(1) HERDER, *Ideen*, IX, 4.